BERMELLÓN

No sé por qué, pero hoy estoy un poco nerviosa. Ese mosquito, revoloteando por la habitación, sábanas en la cara, ruido sin parar, enfado, encendido de la luz, vueltas por la habitación ¡Zas! Aplastado contra la pared. Menos mal, pero ha quedado una mancha ahí, quieta, como si la sangre hablase. ¿Por qué no se puede borrar?

No me puedo dormir. Esta persiana… Tendría que haberla arreglado. ¿Qué es lo que veo? Aún no es de día y la calle está llena de gente. Suben hacia el fuerte San Roque. Parece que hay un espectáculo. Cogen sitio. ¿Qué se ve allí? ¡Ah, sí…! Lo estuvieron anunciando ayer y yo no me he dado cuenta. Hay un escenario, o quizá un patíbulo. Vi a unos obreros trabajando y no le di importancia, ya no me acordaba de que era aquí. Un hombre está sacando piezas de una especie de maleta. Es verdad. Reconstruye una silla que es desmontable. Ya la tiene. ¡Qué silla más rara! En vez de tener un respaldo cuadrado o rectangular con dos soportes, tiene un solo listón, o quizá no es de madera, sí, sí, parece de hierro. ¿Qué es lo que tiene en la parte superior? Es una argolla, y un tornillo grande. Ya sé. Lo he visto en algunos dibujos, pero yo no sabía que eso existiese de verdad. ¿Y la gente? Sube hacia este fuerte San Roque. Van a coger sitio, pero sus rostros… Parecen nerviosos. No veo la alegría de una fiesta. ¿Entonces por qué suben?

El hombre de la silla debe ser el verdugo. ¡Qué trabajo más triste!, ir de un lugar a otro para ejecutar a una persona. Yo no tenía noticias, últimamente, de estas cosas. Lo llaman garrote vil. Pensaba que era un cosa del pasado. Claro que con lo que estamos viviendo… El general Franco quiere demostrar que aquí hay mano dura, que las cosas se resuelven en un periquete, que la Guardia Civil recobra su prestigio. Lo demás no importa. Ayer oí algo en el bando, pero no le presté atención. Hacen alarde de la muerte. Tú eres capaz de matar, sí, pero yo también, ojito, tengo todo el aparato del Estado para hacerlo. Y el vuelo de la sangre sobre las cabezas de la ciudadanía no es más que el reflejo de la organización social. El que la hace la paga. Y rápido. Si alguien se confunde no pasa nada, porque no hay posibilidades de reclamar.

Ya decía yo que esta ventana es demasiado ruidosa. Me da vergüenza espiar, mirar entre los resquicios de la persiana. Y es que no quiero verlo, sólo pretendo entender por qué acude la gente. Soy una mera espectadora. No me parece bien lo que estoy viendo pero tengo que limitarme a permanecer oculta y mirar. Tendré mucho cuidado en no contarlo. Estoy segura de que habrá más vecinos que lo han visto todo, pero mañana no hablaremos del acontecimiento. Nos limitaremos a mirar la prensa y, si sale algo, preguntarnos mutuamente si alguien lo ha visto. ¿A esas horas? Yo estaba durmiendo.

Portugalete tiene hoy, 30 de agosto de 1940, casi once mil habitantes. ¿Por qué han decidido montar este espectáculo en el pueblo? ¿Acaso somos diferentes a los demás? ¿A quién pretenden escarmentar? Vaya, el cielo se tiñe de rojo. Y no es el reflejo de la Luna. El complejo industrial de Altos Hornos ha vuelto a encender el horno alto. ¡Qué belleza! ¡Y qué miedo! Se trata de la mayor empresa de España, eso dicen algunos, pero esta bocanada de luz roja parece anunciar un baño de sangre. Así, las calles, con esta luna llena, con este reflejo amarillo y rojo en las caras, con esta sospecha de que algo trágico va a suceder, los corazones laten más rápido, aunque quieran esconderse. La Luna hace sombra sobre el suelo de sangre. Y para que salga el color bermellón se le mezcla un poquito de amarillo al rojo sangre. La Luna se confabula.

No puede ser. O quizá sí. Ya lo habían dicho. Son Ignacio, Teodoro y Esteban. Son de aquí, de Portugalete, viven en estas casas de “El Progreso”. Nunca les he visto hacer daño a alguien, aunque a veces he oído comentarios poco favorables. Ahora dicen que han matado a un hombre, Francisco, un trabajador de “Altos Hornos”, de 47 años. El día 21 era el primer día de regatas. A la gente le interesa mucho esta competición. Está muy marcada en el alma del pueblo, especialmente de los pescadores, que a veces han competido en el mar por salir o para llegar los primeros. El caso es que, después de ver las regatas con su mujer y su hija, entregó la paga de la semana a su mujer y se quedó con algo de dinero y se fue a Sestao para echar unos tragos con otros compañeros. Estuvieron allí hasta que cerraron el bar. Que sí, que no, que no nos vamos a casa todavía. Que yo tengo la bota llena y hay que llevarla vacía a casa, decía Esteban, y entre bromas y veras se fueron a beber a una campa de las afueras, cerca del túnel del ferrocarril minero de Triano. Hacia las tres de la mañana, seis de los diez hombres se marcharon a casa, pues consideraban que ya era demasiado tarde, pero Francisco se quedó con Teodoro, Ignacio y Esteban “El legionario”.

Ahí los veo. Teodoro e Ignacio son unos muchachos, casi unos niños. Seguro que ha sido Esteban el que se lo ha propuesto. No levantan la mirada. Pero a la gente le pasa igual. Es como si a todos les diese vergüenza. ¿Entonces a qué han venido? Quizá algunos se hayan sentido obligados, no directamente, ya me lo conozco. Porque en estas circunstancias es como si se pasase lista. Nada ni nadie pasa desapercibido. Pero a mí no me pueden obligar.

Francisco, por lo visto, les contó que estaba contento, que había cobrado el jornal de la semana y que aunque el trabajo era duro él se sentía fuerte y capaz de seguir trabajando. Ellos pensaron que llevaba el dinero encima. Hay que ser pobres, o miserables, para intentar robar a un trabajador el dinero de una semana. Y entre risas y medias verdades lo llevaron a una campa del barrio de Albiz. Allí se dio cuenta Francisco de las verdaderas intenciones de sus compañeros de viaje, ¡serán canallas!, e intentó marcharse como pudo. ¿Cómo sería la pelea? ¿En qué pensaría Francisco cuando se defendió? Las cosas no resultaban como habían pensado y uno de ellos se acercó al cercado que había en la campa para controlar a los animales y arrancó una estaca, se dirigió a Francisco y se la clavó en el pecho. Me produce escalofríos contemplar la escena. Seguro que fue Esteban. ¿Qué experiencias habrá tenido en la guerra civil? No quiero ni pensarlo.

Es extraño. Tengo una sensación muy rara. Todavía han pasado muy pocos años desde la guerra civil. Estas casas fueron creadas en tiempo de la república, y en la guerra civil, cuando el bombardeo de Portugalete y la posterior entrada de los franquistas, yo me limité a observar lo que sucedía. Nadie de mi familia tuvo que marcharse del pueblo, y a pesar de todo lo que habíamos visto, me quedaba como espectadora muda, alabando la suerte de que mi familia no había sido considerada colaboradora de la República ni del Gobierno Vasco, por eso pudimos quedarnos con la casa. Pero la sensación de que algo no es correcto, esa tensión de ver cómo muere una persona, de cómo detienen a alguien, de cómo se marchan algunas familias por el mar... Desde este montículo se divisaban idas y venidas de los barcos, algunos de pescadores, armados, y después la superioridad de los que venían de fuera. Todavía me queda esa sensación de gritar que todo se pare, que se congele la marea de sangre vertida entre personas que tienen familias a las que aman. Hay una lucha interior de dos yoes en guerra, el enemigo, como en una guerra civil, es interior, lucha uno contra sí mismo. Esteban se ha quedado con un solo yo, y sigue haciendo lo que le enseñaron en la guerra, aunque ahora no ha tenido en cuenta que las leyes han cambiado algo, al menos para mantener las apariencias.

El caso es que lo mataron de mala manera. Dicen que le cogieron veinticinco pesetas, un puñado de tabaco, un peine, y un pañuelo. ¡Qué miserables podemos ser! ¿Es que ya no existe la conciencia? Tanto ir y venir de un lado para otro, sobrevivir en tiempos de guerra, actuar sin expresar los verdaderos sentimientos… ¿Sobrevivir nos hace tan miserables?

El cadáver apareció al día siguiente en la regata de Ballonti, casi donde se junta con el Galindo. Enseguida se les consideró sospechosos porque eran las últimas personas que se habían quedado con Francisco y al cabo de poco tiempo la Guardia Civil los detuvo. No sé qué métodos emplearon, pero se reconocieron también como autores de otro atraco al capitán de un barco inglés.

Vaya vecinos que tengo. La primera impresión, al darme cuenta de lo que podía pasar ha sido hacerles daño. No tienen perdón de Dios. Dicen que sólo ha sido uno de ellos, pero los otros dos también tienen su responsabilidad. Quien no pone en cuestión derramar sangre se acostumbra a ella y le da igual no parar. Aun así, no me lo puedo creer. ¿Seguro que han sido ellos?

Mírales. Ahí vienen. Se les han apagado los humos. Pero tampoco es para matarles delante de su casa, ante sus vecinos. No es posible, Dios mío, que sea verdad lo que estoy viendo. Se va a producir otro asesinato, y otro, y otro. A la luz pública, sin que nadie pueda impedirlo. Dicen que los tres no tienen la misma responsabilidad, pero la muerte es igual para ellos. ¿Qué más da quién clava las estacas? ¿A quién importa que se derrame más sangre?

¿Y el verdugo…? De profesión matarife. No descuartiza animales, se trata de personas que han tenido un comportamiento peor que el de los animales, pero son personas. Cuentan que se han dado casos en los que se ha condenado a muerte a una persona y después ha quedado demostrada su inocencia. Ya no tenía solución. Siempre caminamos en torno a la muerte. Y nos seduce hacernos dueños de la vida. Tú estás aquí, a mis pies, y puedo matarte, bien porque soy un asesino, bien porque hablo en nombre de la ley. Ya sabemos que quien asesina es un asesino, pero eso de hacerse cargo de una vida en nombre de la ley me produce inquietud. Porque los caminos de los dueños de las vidas son a veces demasiado tortuosos. No vivimos en el mejor de los mundos y a veces se colocan al otro lado de la barrera, en el mostrador de la ley, quienes manchan constantemente la justicia, o quienes no han dado ninguna muestra de que respetan la vida humana.

Resulta espantoso, pero es cierto. Siguen adelante, después de haber parado ese camión destartalado, pero al descubierto, delante de las casas, para que lo vea bien la gente y se llenen de temor, de terror, de miedo. Nos seduce la sangre. Tiene que estar siempre presente ahí, como una amenaza, pendiendo del cielo, cuando al cielo nadie le ha preguntado nada. Si supiésemos lo que es la vida… Pero nos da gusto apoderarnos de ella, cogerla en nuestras manos, y agitarla, bien para robar, bien para demostrar poder: la vida en mis manos, la vida de una persona depende de mi decisión. Y se la robo. Además, hay gente que me apoya…

Yo me escondo detrás de esta persiana. ¿Soy cobarde? Soy una espectadora, una observadora invisible de algo que nos conecta con la muerte, y con el odio, y con la venganza. Hay tanta gente así… Ya sé, ya sé que mis sentimientos son ambiguos, que no puedo aceptar que esos asesinos maten, pero es que otro asesinato se va a cometer delante de mis ojos y no puedo hacer nada, sin que yo me arriesgue a hacer nada. ¿Y si salgo corriendo y grito? ¿Me detendrán por cómplice? Esto es insoportable. Siguen adelante. La gente se va acomodando. Probablemente les gusta que se pueda dominar la muerte y la vida de esa forma tan sencilla: zas, un apretón al tornillo y cuello roto. Pero no lo creo, flota demasiada tristeza, a pesar de que está a punto de amanecer. Ya no sé si la luz procede de la Luna, de Altos Hornos, o del espíritu de la sangre derramada. Bermellón en ciernes.  
Un poco más arriba, desde la loma donde se encuentra el fuerte y el cadalso, se puede divisar el resto del pueblo, el puerto, el mar. Construir algo lleva años, siglos. Hemos heredado estas piedras, una cultura, costumbres, formas de pensar. Y vamos a transmitir a nuestros descendientes que la muerte puede borrar de un plumazo toda esta belleza, sobre todo a quienes rompen la vida, también de un plumazo. Bueno, bueno, no quiero volver a acordarme de lo que sucedió en la guerra, cuando entraron los militares y tomaron el pueblo. Menos mal que no se ha tocado la industria de los alrededores, pero ha quedado quebrada la sensibilidad, la línea de flotación que marca el límite en el que se encuentran los derechos humanos más elementales. Debería existir una Declaración Universal de los Derechos Humanos en la que se incluyese el derecho a la vida como el primer derecho.

Ayer les juzgaron en Bilbao, en la Audiencia de María Muñoz, delante de la mujer y de la hija de Francisco, y hoy están aquí, ya en el cadalso. Cuando hay Consejos de Guerra es que no ha terminado una guerra. Ya lo decía mi padre, una guerra se sabe cuándo empieza, pero no cuándo termina. Alguien quiere decir que a este gobierno no le tiembla el pulso. No creo que lo hayan hecho todo tan rápido para consolar a la familia. ¿Qué estarán pensando ahora la mujer y la hija de Francisco? ¿Estarán presentes en la ejecución? No lo creo. Un asesinato más no se lo va a devolver. Y es que los culpables de delitos también tienen madres, y familias. ¿Cómo habrán reaccionado? Seguro que se avergüenzan de sus allegados. O quizá dudan. O se sienten culpables y se preguntan qué habrán hecho para que sus seres queridos se comporten de esta manera con otros seres humanos. ¿Estarán mirando desde detrás de la persiana como yo?

Es terrible. La silla tiene un collar de hierro que retrocede con un tornillo sobre una bola final y rompe el cuello de la víctima, lo que le produce un coma cerebral, aunque a veces el cuello resiste y la muerte no es instantánea. Intento adivinar la expresión del rostro del verdugo y no lo consigo. Míralo. ¿Qué pasa ahora? El cura está hablando con ellos. La gente se mantiene en silencio. Nadie dice nada. Ese traje oscuro del verdugo refleja la muerte. ¡Qué tono más aborrecible! ¿Podría vestir de otra forma? Quizá es el más adecuado para lo que hoy está sucediendo aquí, en toda Europa y más allá, donde dicen que hay campos enormes llenos de cadáveres a causa de la guerra. Parece que Teodoro va a ser el primero. ¿Para qué lo atarán de pies y manos? Primero le coloca el collar en el cuello y luego le ajusta el tornillo. ¡Ah! ¡Qué horror…! Es verdad, ha sido rápido. Imagino su cara desencajada, su cabeza sin sujeción sobre el cuerpo. Menos mal que no se ve bien desde aquí. Ahora le toca a Esteban. ¡Ay, Señor! ¿Por qué no lo dejo? Es la misma operación. Retiran un cuerpo ante las miradas extasiadas de la gente. Y otra vida, como una pluma, en otras manos. También se desploma. Sólo se oye un murmullo. Nadie se marcha. Ahora Ignacio. ¿Qué sucede? Debe haber algún problema, porque no se termina y la gente se altera. Hay gritos de dolor. No sé qué ha pasado. Parece como que ha dado resultado el segundo intento. Tiene que ser terrible, pero es más trágico que asumamos esto como un espectáculo. ¿Por qué sigo aquí, escondida, en esta actitud tan cobarde? Se ha movido varias veces, como si hubiese tenido convulsiones. En fin, parece que ya ha terminado todo. ¡Qué escena! Ahora llevan los cadáveres en un carro hacia el cementerio. El caballo que los arrastra parece el más digno. Sólo unas pocas personas lo siguen. Son sus familias. ¿No lo decía yo? Tienen seres queridos.

Ya no hay rastro de colore bermellón. El Sol vuelve a salir y lo disuelve. Pero hay unas personas que están limpiando el cadalso. No les preocupa que las maderas estén sucias por las pisadas de las botas, no, quieren eliminar los restos de la sangre. Por eso frotan y frotan.

Ya no puedo volver a la cama. Ni me atrevo a salir a la calle. Me quedaré mirando estas paredes de la habitación hasta que me canse. ¿Y si pinto la habitación para que no se note la mancha de sangre que ha dejado el mosquito que me ha despertado? Y es que, un poco antes, en mi sueño, estaba presente la mano suave de mi madre sobre la cara, sus palabras cariñosas, la insistencia para que me levantase, la claridad de la luz del nuevo día, entremezcladas. Yo deseaba contar a mi madre otro sueño anterior en el que también me encontraba en plena infancia. Estaba sentada en lo más alto del tejado de la casa de mis abuelos, en el pueblo. La Luna llena se perfilaba entre las estrellas en una noche espléndida, pero mi inquietud aumentaba porque la sombra de la casa quedaba dibujada en el jardín y también mi silueta. Temía moverme, para que no se perdiese el encanto, y prometí quedarme toda la noche allí, esperando, hasta que un ave oscura revoloteó de entre las tejas y comencé a rodar, a rodar, y oía el graznar del ave, y miraba a la Luna, que se rompía en trozos, y se iba tiñendo de un color rojo… Mi madre me acarició de nuevo. “¡Qué cosas dices, cariño! Esa imaginación tuya… En fin, dame otro beso y vístete, que hoy, viernes, 30 de agosto, es fiesta en Portugalete y vamos a dar un paseo”.

Desde la ventana se divisaban los sueños.

José Serna Andrés